

ILUSIONES TRUNCAS Y POTENCIA REVOLUCIONARIA EN LOS RELATOS SOBRE LAS FUGAS BOLIVIANAS

SILVANA DANIELA ABAL¹

RESUMEN

En el presente trabajo, se analizarán las retóricas desde las cuales se construye la violencia ejercida hacia los sujetos bolivianos migrantes en la novela *Grandeza boliviana* (2010) de Bruno Morales y en el libro de relatos *Asma* (2015), de Aldo Medinaceli. Para llevar adelante el análisis, parto de la premisa de que esa violencia vuelve al migrante, paradójicamente, una forma-de-vida (Agamben) que desborda los límites liberales.

PALABRAS CLAVE:

Sujeto migrante- Bolivia- Violencia- *Grandeza boliviana*- *Asma*

INTRODUCCIÓN

El 2 de noviembre de 2017, la Policía de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y la Gendarmería Nacional impidieron a la comunidad boliviana ingresar al Cementerio de Flores, donde planeaban celebrar, con motivo del Día de los Muertos, una ceremonia tradicional en honor de sus seres queridos. El acontecimiento no solo representa una cruel injusticia entre tantas, sino que es cifra de la violencia cultural a la que son sometidos, casi indefectiblemente, los sujetos migrantes.

En el presente trabajo, pretendo analizar cómo esa violencia es construida en los relatos literarios del éxodo boliviano, precisamente en la novela *Grandeza boliviana* (2010), escrita por el argentino Sergio Di Nucci, bajo el seudónimo de Bruno Morales y en los cuentos “Reina de corazones” y “Casa museo”, presentes en *Asma* (2015), del autor boliviano Aldo Medinaceli. Las narraciones no giran en torno a la victimización de los

¹SILVANA DANIELA ABAL. Argentina. Licenciatura y Profesorado en Letras (UBA). Orientación en Literatura Argentina y Latinoamericana. Adscripta del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Áreas de interés: Literatura boliviana, Literatura argentina, Literaturas comparadas, Estudios de género.

migrantes, sino que construyen una experiencia compleja, que en los tres casos confluye en un mismo origen y desenlace: la esperanza de una vida mejor y la frustración. No obstante, el destino frustrado no deviene en una vida trunca, sino que se transforma en una oportunidad de subvertir los mandatos y dar lugar al deseo. Considerando estos términos, propongo entender la figura del migrante en estas obras como una forma-de-vida (Agamben, 1998)² originada por el capitalismo que, en un gesto paradójico, atenta contra sí mismo, pues acaba por alejar a los individuos de su ala.

CON LA MIRADA PUESTA EN EL SUR

Grandeza boliviana continúa la historia de *Bolivia construcciones* (2006), novela ganadora del Primer Premio La Nación-Sudamericana en 2006, que le fue revocado en 2007, por una acusación de plagio a la novela *Nada*, de Carmen Laforet. No es incluida en esta lectura, dado que focaliza en la fascinación del protagonista y narrador por el nuevo espacio que empieza a habitar y la vida adulta que su adolescencia vislumbra, mientras que *Grandeza boliviana* pone el foco especialmente en el (des)trato físico y discursivo al que ese mismo joven se ve sometido en las calles porteñas y bonaerenses.

La novela acaba diciendo: “La primavera llegó de nuevo y me acordé del día que viajé a Argentina” (174) y en esa frase se cristaliza la idea de la forma-de-vida paradójica, pues si bien todo el relato es una enumeración de acontecimientos olvidables, el narrador innominado adquiere un saldo positivo, una nueva primavera. ¿En qué consiste? En desaprender. Su Virgilio andino, Quispe, le advierte: “Trabajas mucho, pero estás olvidando tus deberes de boliviano”. “No te metas en las charlas de los mayores”, “No mires a la gente cuando hace chistes”, “No comas como si fueses a morir mañana”, “No te rías de los improperios”³. Es decir, que su manera de existir no se impregne de las costumbres que no le “pertenecen”, ya sea por su edad, su clase o su nacionalidad.

Por otro lado, el narrador colecciona conversaciones al azar en las calles de Buenos Aires: “Ellos [los bolivianos] estarán acostumbrados a vivir así, pero una [argentina] no puede...” (64), “Lo que me fascina del Nazismo es su estética”(120), “Estos bolivianos

² El concepto de Forma-de-vida, emparentado con el término griego Bios, hace referencia a aquella existencia que es indisociable de su forma, una vida inseparable del sistema espacial, temporal y socio-cultural que la condiciona y la origina.

³ No se señala número de página en las citas introducidas, dado que son frases que se repiten varias veces a lo largo de la novela.

están tan explotados que no pueden ni seguir el número de acrobacia” (31), “Uds. o no saben leer o no comprenden, pero se equivocaron” (97), “Yo leí *Jefazo*, el libro del año” (103). Así, de un lado tiene máximas bíblicas y del otro, fragmentos de discursos racistas o estereotipados, provenientes de una cultura ajena.

Es posible afirmar que el protagonista se posiciona en el cruce de ambas vertientes, pero no sin advertir que el conflicto de base no es en sí uno u otro discurso, sino su convivencia en un mismo espacio. “Me molestaba que, en ese parque, Alasitas estuviera custodiada por el Señor de Las Remesas” (31), declara el narrador. Alasitas es una tradición boliviana que data del Siglo XVIII, originada para agradecer que la ciudad de La Paz haya sobrevivido el sitio de Túpac Katari y que consiste en encomendar deseos al Dios aymara Ekeko, a través de miniaturas que representan el anhelo. Esa celebración, esencialmente andina, es festejada, en la novela y también en la realidad, en el Parque Indoamericano y otros espacios metropolitanos; y, por lo tanto, es regentada por las autoridades de la Ciudad. “Los coordinadores del Gobierno de la Ciudad hicieron que los músicos bolivianos se callaran y dejaran de tocar” (32), para dar paso a actores argentinos y universitarios, señala el protagonista. Se escucha una cueca potosina y luego se interrumpe con cumbia villera. Los argentinos de Caballito se asquean ante la sopa de maní y a cambio ofrecen sándwiches de jamón y queso. Así, el sermón de Quispe cobra sentido, pues la urbe porteña parece pisotear el universo aymara, para sobreponerle un argentinismo tras otro, avasallando la voluntad de los bolivianos. Sin embargo, el joven protagonista no se pierde en esa asimilación obligada, sino que resuelve una síntesis a partir de la comparación: le gusta que en Argentina exista la propina, las reuniones recreativas y haya música por todas partes, también entiende que en “Bolivia no conocía gente que sufriera sin motivos o se suicidara sin razón aparente” (81) y tampoco había visto dos hombres bolivianos abrazarse por nada. Espera con ansias la fiesta de Alasitas y extraña el barrio de Flores cuando se aleja. Entiende los neologismos bonaerenses, sigue escuchando con admiración a sus compatriotas y puede dilucidar frases en inglés. No es, emulando a Arguedas, “un aculturado”⁴, pero tampoco es un defensor acérrimo de la costumbre inviolable y es por

⁴ En el texto “No soy un aculturado”, que antecede al comienzo de la novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), José María Arguedas se regocija por haber sido galardonado con el premio Inca Garcilaso de la Vega, pues lo considera un reconocimiento digno para un “individuo quechua moderno”, y afirma: “Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua.”

ello que se posiciona fuera del sistema, pues desobedece su “mandato de boliviano” y rechaza la asimilación total a la que Buenos Aires parece querer impulsarlo.

Este joven, que emprendió su viaje en *Bolivia Construcciones*, cruzó desde Potosí hasta Argentina en busca de oportunidades, que acabaron resumiéndose en trabajo informal, habitaciones húmedas y atropellos racistas. Es afectado por un sistema injusto, que le exige sobre-esfuerzo y le devuelve precariedad; está atrapado entre un deber patriótico y la obligación de ser aceptado; no obstante, aprende nuevos oficios, disfruta de las veladas, observa la ciudad y analiza cada parte de cada discurso: una de sus últimas frases es “mi suerte está echada” (174), yuxtapuesta al ya mencionado anuncio de la primavera. Así como escucha con una atención un tanto enajenada a sus compañeros bolivianos, también oye como un testigo ocasional las conversaciones de los argentinos; entonces, el protagonista nunca está del todo integrado a las comunidades o, por lo menos, a las situaciones comunicacionales que se dan dentro del relato, sino que emerge como un analista del discurso deambulante y habita una suerte de heterotopía (Foucault, 2009), si tomamos un término del teórico francés para identificar el espacio que ocupa el personaje, que tiene una naturaleza fronteriza, a pesar de estar geográficamente ubicado en la Ciudad de Buenos Aires.

De manera diametralmente inversa, el relato “Reina de corazones”, de Aldo Medinaceli, antes publicado con el título “Todas las balas van al cielo”⁵, acaba diciendo: “La suerte no existe” (87). En esta narración, la representación del migrante no consiste en una síntesis cultural, sino en una potencia materialmente revolucionaria: el protagonista es un joven boliviano que ha emigrado a Argentina en busca de una vida mejor: “Recuerdo el viaje atravesando la pampa boliviana, con la inocencia y las ilusiones intactas” (87). Alejándose de sus expectativas, se encuentra con “el taller lleno de máquinas de coser, las tardes calurosas, las jornadas de catorce, quince horas. Y la paga que no alcanzaba para nada, peor aún en una ciudad llena de tentaciones” (84). Argentina es un choque contra la pared, pero es al mismo tiempo la única posibilidad de futuro. Como opción ante el trabajo esclavo, emerge otro sustento des-regularizado, el juego: “Aparece con claridad en mi memoria aquella noche mágica. Parecía que una voz me dictaba los números al oído. Gané en la ruleta. Gané en las cartas. [...] Pero perdí en las ilusiones y el corazón” (86). Hay una mejora económica, que lo deja comprarse ropa de marca

⁵ Publicada con este título en:

- AA.VV. *De la tricolor a la whipala* (2014). Buenos Aires, Santiago Arcos

como la de los capataces y “volverse decente”, sin embargo, es un medio de vida librado al azar, que no supone ningún tipo de seguridad y que se despedaza cuando “se terminan las patas de conejo” (88). La vida en el casino marca la impronta urbana de la narración, pues la vida del personaje atraviesa los talleres de Flores, para seguir por las pensiones de Liniers y sus casinos, hasta llegar a los gimnasios de la Ciudad de Buenos Aires; la ciudad es el punto nodal donde la existencia se transforma: la marginalidad del inmigrante boliviano, la esclavitud laboral a la que son sometidos y se dejan someter por necesidad; el éxtasis de la vida nocturna, entre prostíbulos, casinos y alcohol, hasta desembocar en el crimen. El protagonista termina por ejercer en otros la violencia que ha ejercido sobre sí mismo: “Tomo el autobús, o el bondi, como le dicen acá. [...] Mi castellano se ha ido transformado desde que decidí emigrar. He perdido hasta mi propio lenguaje, me digo” (87). Ha perdido su lugar de pertenencia y uno de los factores constitutivos de la nacionalidad: la lengua. El abandono de su país significa una necesidad y un enfrentamiento con la alienación, “empleos truchos” (82), “hacer ricos a otros” (85), “caminar por calles que no son mías” (82), “no acostumbrarse a la Quilmes” (83); todo en la ciudad lo hace sentir ajeno. El destino se expresa como elección fatal y no como una serie de oportunidades: “No me quedan más fichas. El Viejo está muerto, ha jugado mal. Ahora es mi turno. No me tiembla la mano, escucho más disparos. Soy yo mismo utilizando el arma” (87). El protagonista se une con delincuentes menores que matan a su jefe, el Viejo, dueño de casinos y mafioso jerarca, al mismo tiempo que secuestran al dueño de gimnasios y casinos, para cobrar un rescate. “No se trata de un vulgar atraco” (86), afirma el protagonista innominado; y por supuesto que no lo es, porque el crimen ha cobrado envergadura de levantamiento y emancipación, “basta de hacer ricos a otros” (86), “la suerte no existe” (87). El narrador se despoja del determinismo de la cuna pobre y del yugo de su jefe, para atravesar a toda velocidad esas calles que no sentía suyas, tomándolas por la fuerza.

DEL OTRO LADO DEL MAR

En *Desafiando la globalización. Historia de la experiencia boliviana* (2008), libro compilado por Jim Schultz y Melissa Crane Draper, Lily Whitesell, en el apartado sobre el éxodo boliviano, presenta una serie de entrevistas a migrantes y narra sus vivencias, esperanzas y destinos. Del compendio, se hace evidente una cuestión interesante: los

migrantes que eligen países latinoamericanos provienen de ciudades bolivianas con una pobreza creciente y su búsqueda se resume en un trabajo que les permita sobrevivir dignamente, mientras que los que optan por países europeos pertenecen a sectores de clase media y tienen como objetivo alcanzar mejores condiciones profesionales o acceder a una formación universitaria distinta.

En los textos seleccionados, la situación es equivalente, pues en *Grandeza boliviana*, el protagonista emigra desde Potosí, la ciudad de Bolivia con el mayor índice de ciudadanos en fuga y en “Reina de corazones” el narrador viene de La Paz; en ambos casos, los personajes son explotados laboralmente y forman parte de un sistema informal y precario. Por otra parte, en el segundo relato de Medinaceli, “Casa museo”, el protagonista proviene de Santa Cruz de la Sierra, “la ciudad blanca” y emprende su camino a España con el deseo de estudiar fotografía. Finalmente, “no saca ni una fotografía” (30) y se dedica a viajar por el Viejo Continente. “¿En Bolivia escuchan ópera?” (32), lo interroga un joven holandés. “Los niños sudamericanos no oyen ópera” (32), contesta una colombiana. Mientras que el muchacho está totalmente obsesionado con su compatriota Van Gogh y la joven llora constantemente por la nostalgia de su tierra, el protagonista, otra vez innominado, no tiene interés por si en Bolivia se escucha o no se escucha ópera, o por si las cosas siguen igual o cambiaron, o si hay algo que distinga a su país frente al resto del mundo. “Bolivia es muchas cosas al mismo tiempo”, piensa (35) sin decirlo. No hay nada como el Mercado de las Flores allí, pero seguro no hay nada como ello en España o Italia tampoco. “Imaginé una ciudad en la que todo fuera restaurado, donde cada cosa tuviera una historia escrita en la entrada y el público entrara a visitarla. Las cosas desaparecen con facilidad, pensé, todo se desvanece” (42), reflexiona el narrador. Ve todo como si fuese un museo o una obra de arte, pero no como un hogar o un espacio de arraigo. Le gustaría que tuviesen la historia escrita a la vista, porque no la conoce y tampoco la conocerá. La violencia cultural no lo hiere, porque no hay una pertenencia de la cual desprenderse, sino que el único desapego al que es sometido es el amoroso, por Jan y Johana, delirantes por sus orígenes y, por lo tanto, incompatibles con un individuo no sujetado y, por eso mismo, trasgresor.

“¿Vuelves a casa?” (45), le pregunta Johana. Y el protagonista piensa sin decir: “La sola idea de una casa se me hacía difícil de asimilar” (45). Entonces, el paradigma que se planteaba en los dos textos anteriores, constituido por una esperanza de un futuro mejor,

la pérdida del hogar y el desarraigo en una cultura ajena, no puede manifestarse en este caso, porque el motivo de fuga se difumina inmediatamente y lo que podría pretenderse hogar, no es considerado como tal. Por consiguiente, este último narrador protagonista es el que más desborda el sistema, puesto que, a diferencia del personaje de *Grandeza boliviana*, que crea un nuevo espacio a medio camino entre la comunidad y la aculturación o el narrador de “Reina de corazones” que reniega de su pérdida cultural, él simplemente desconoce la noción de nacionalidad, de pertenencia y, por ende, de patria. No hay una instancia de desprendimiento o de cambio, sino una existencia desclasificada y por ello mismo, desterritorializada del sistema capitalista.

REFLEXIONES FINALES

La lectura permite evidenciar, al menos en estas tres narraciones, que el migrante aparece como una figura de la excepción, formateada por un sistema social, económico y cultural asimétrico e injusto, que origina un germen de subversión y construye individuos que atentan, en distintas formas, contra los límites de control de los que se vale el liberalismo contemporáneo, como el sentido de lo nacional, los valores, las costumbres y el concepto de moralidad.

El éxodo y la propiedad cultural no son solo interesantes hacia el interior de los textos, sino que son cuestiones relevantes en el sistema de nuevos escritores bolivianos: muchos de ellos viven en Estados Unidos o han sido beneficiados con premios o becas de países europeos, como es el caso del ya citado Aldo Medinaceli, becado por la Universidad Complutense de Madrid, galardonado con el premio Dante Alighieri y que ha escrito algunos textos presentes en *Asma* desde un escritorio parisino. Es célebre el ejemplo de Edmundo Paz Soldán o de su esposa Liliana Colanzi, que residen en EE. UU desde hace años, son dos de los autores de Bolivia más editados en la actualidad y defienden acérrimamente el hecho de que no escribir sobre Bolivia no es traicionar a la patria, porque la literatura boliviana no debe valerse solo del gentilicio, sino del nombre en sí mismo. Empero, es preciso aclarar que la noción de “éxodo” aplica en estos casos solo en su sentido más general de “emigración” y no es su acepción más estricta de “huida de condiciones sociales, políticas y/económicas opresivas”, dado que estos escritores, como afirma Cristina Fangmann (2015), ya no están marcados “por el tinte trágico del exilio” (1), sino por una corriente cosmopolita que se ha ido ampliando en

Bolivia en los últimos tiempos y que ha generado nuevas perspectivas al momento de encarar la escritura literaria.

Desde dónde escriben los autores o desde dónde hablan los personajes, si desde el afuera o desde el interior, si lo primero es impropio y lo segundo patriótico, es una discusión que parece superada en el siglo pasado y que se asemeja a los planteos de la corriente McOndo, integrada por el mencionado Paz Soldán y diversos autores latinoamericanos, contraria al auge del realismo mágico, que postulaba abandonar la búsqueda deliberada de una identidad latinoamericana y dejar ser a la literatura. No obstante, la homogeneidad y la personalidad de la literatura boliviana es un debate atractivo y abierto, que no ha sido incluido de forma contundente en las discusiones sobre los fenómenos editoriales y poéticos de la literatura latinoamericana.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1998). *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida*. España, PRE-TEXTOS
- Arguedas, José María (2014). “No soy un aculturado”. En *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Buenos Aires, Losada
- Fangmann, Cristina (2015). “Tierra afuera, siglo adentro: Dos antologías publicadas en Argentina de la narrativa contemporánea de Bolivia”. XXVII Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana, Buenos Aires
- Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2015
- Foucault, Michel. (2009). De los espacios otros. Estafeta. Recuperado desde: <http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.com.ar/2009/11/>
- Benencia, Roberto (2008). “Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo.”
En *Las migraciones en América Latina: Políticas, culturas y estrategias*. Susana Novick (comp.), Argentina, CLACSO
- De Llano, Aymará (1999). “De Macondo a McOndo”. CELEHIS, (11), 103-119
- Santos, Susana (2009). “Ciudades, revistas, literatura e ideas: saltar a la orilla opuesta, desde la Villa Imperial de Potosí hasta la 1-11-14 de Buenos Aires”. II Congreso Internacional “Cuestiones Críticas”, Rosario
- Schultz, Jim y Melissa Crane Draper (2008). *Desafiando la globalización. Historia de la experiencia boliviana*. La Paz, Plural